

Javier Maqua

**Y UN PAR DE
HUEVOS FRITOS**



Madrid, 1995

SUMARIO

	<i>Pág.</i>
PRIMAVERA	5
El moco	7
El encierro	9
La perridad	11
La huelga	13
La caca	15
Viaje fin de curso	17
Paseínes	19
Carta a un insumiso	21
El juego de la vida	23
Cagar un melón	30
Mátalo, mátalo	32
Mear largo, mear corto	34
Nidos de polvo	36
Diario de la Feria del Libro	39
El fantasma de la Infanta Mercedes	42
El amor en tiempos del paro	44

	<u>Pág.</u>
El medio hombre	47
La ilusión del fogonero	49
El sombrero que perdió papá	51
Lo mejor para los hijos	53
El caballo de cartón	55
Maastricht	57
Maastricht (II)	59
El <i>strip-tease</i>	61
La Fiesta de la Primavera	63
Maderos	65
El parado, de vacaciones	68
VERANO	71
Escribid, escribid, malditos	73
De la pobreza en verano	75
Sindical Park	77
Moros en la costa	81
Pateras filipinas	83
Los chinos nunca mueren	85
Crónica del futuro	87
El negrito	89
Morir a destiempo	91
Músicos de verano	95
Culpable	97
Guau, guau	99
El grillo y el esfégido	101

	<i>Pág.</i>
El último pico	103
Invitation to the <i>blues</i>	112
En comisaría	114
Mí y Po	117
El compromiso	119
Camarotes soviéticos	121
Aquel verano del 93	124
Triste animal	126
Firmas	128
La hora feliz	130
OTOÑO	133
Años de Universidad	135
Perlas del Caribe	137
<i>El Día del facha</i>	139
La sopa a la luz de una vela	141
La metamanifestación	143
Una tragedia de clases	145
Un manjar exquisito	147
«Serbiedumbres»	149
El muro	151
La paz.....	153
Los sin sitio	155
Mátame	157
Mamá y el Papa	159
Cannabis	161

	<i>Pág.</i>
Telecadáveres	164
Cadáveres soñados	166
Niñas bosnias	168
El hambre	170
Neños bosnios	172
Rinconete y Cortadillo en Bosnia	174
La caza del <i>Bakalao</i>	176
El guiri y el <i>pescao</i>	181
Las porras de Roldán	183
El valor del cadáver	185
El sida y la verdad	187
El día del lacito	189
Chusma	191
El necio y el sabio	193
Genio y figura	195
INVIERNO	199
La noche de Salomé	201
Tenis, política y destino	206
Chevrolet	208
Ni donde caerse muertos	210
Rebelión en el mundo suburbano	215
<i>Okupación y kultura</i>	217
En el reino de las diosas blancas	219
Albañiles rurales	221
El príncipe azul y el buen gigante	223

	<u>Pág.</u>
Dos huevos fritos	225
Teleémbolo	227
La generación tapón	229
La mesilla de noche	231
Galeotes del Congreso	233
La dormida universitaria	235
El trabajo se hereda	237
La manifestación estudiantil	239
Los ojos del negro	241
Catálogo de toses	243
Hostia partida	245
K. en la OTAN	247
A su Señoría	249
Christmas Killer	251
Felices Pascuas	255
Papando noeles	257

El moco

El otro día me pillé pegando un moco debajo de la silla de caoba. Sí, no hace falta que lo digan, una cochinateda, ya lo sé, perdón, no comprendo cómo tengo valor para contarlo, a mis cuarenta y tantos y como un niño, si me ven mis hijos, qué horror, vaya ejemplo, no quiero ni pensarlo, me dan un grito o me encierran en el cuarto de las ratas, a tu edad, Cándido, pegando pelotillas y, encima, disimulando, sí, disimulando, escondiéndome no sé de quién, no había nadie, no había por qué esconderse, o lo pegas o no lo pegas y santas pascuas, asume tu guarrindonguería, leches, de quién te escondes, pues de nadie, de nadie, o sea de mí mismo, y menos mal que me pillé, de milagro no voy y pego el moco sin enterarme y luego ni me acuerdo para contarlo, imagínense, como si jamás hubiera pegado un moco, debo de estar envejeciendo, demencia senil, he perdido el vigilante que llevaba dentro, cuando uno deja de ser niño ya no va por ahí escarbando gusanillos, qué falta de educación, cuando uno se hace adulto es porque ya tiene a papá dentro, su propio policía, pero se ha ido, Dios mío, me está abandonando, te necesito, papá, vuelve a mí, no te vayas, qué será de mí si huyes para siempre, dónde está mi vigilante, dónde estoy, dónde estás, canalla, maleducado, ven Corcuera, papá, por favor, tira las puertas que quieras, patadón y tente tieso, un padre no necesita mandamiento judicial, faltaría más, un padre se aloja en el interior de uno mismo para que no seamos malos, para que no nos meemos en la cama, para que no peguemos mocos bajo la silla de caoba, te lo ruego, Cor-

cuera, no me abandones, adelante, defiéndeme de mí mismo, derriba la puerta de mi casa, allana mi morada, identifícame, espera, espera, ay, no te pases, tampoco es para tanto, papá, lo confieso, soy culpable, lo limpiaré, deja que te explique, el caso es que, bueno, es estupendo ¿no?, no tenía ganas de levantarme, compréndeme, compréndanme, pura pereza, estaba cansado y, ay, ay, miré a un lado y a otro y, como no había moros en la costa, escarbé un poco y zas, ¡uy!, vale, vale, que no soy gitano, los mocos son míos, estése quieto, hago con ellos lo que me da la gana, ¿qué hace?, para ya, papá, no lo haré más, se lo juro, ¡ay!, cantaré, cantaré, viva la Ley de Seguridad Ciudadana, viva el ministro del Interior, viva mi propio policía, viva yo, viva la banda del moco verde, no, no, más no, socorro, socooooor...

El encierro

¿Quién no recuerda aquellas visitas infantiles de los jueves a casa de tita Clea? Papá, mamá y la tita merendaban pacíficamente en el saloncito, mientras al fondo, tras el cristal traslúcido de la puerta, una luz mortecina señalaba la presencia siempre ausente del misterioso tito Arturo.

Algunos jueves una voz honda —la del tío nunca visto— llamaba desde la habitación prohibida y la anfitriona entraba en el cuarto de Barba Azul, regresando al poco como si nada hubiera sucedido.

¿Quién vegetaba en aquella habitación? ¿Un loco? ¿Un monstruo? ¿Cuántos años llevaba yaciendo en tan triste celda?

No se daban al nene muchas explicaciones por aquel entonces, pero bastaban las escasas palabras de cortesía que cruzaban visitas y anfitriona para comprender que se trataba de un familiar que, víctima de un desengaño amoroso o algo parecido, había tomado la firme determinación de esconderse para siempre. «¡Lo que hace el miedo!», escuchó el nene murmurar un día a su madre. ¡Pobre tío Arturo!

Ahora también al nene, ya crecido y calvo, le ha dado el patatús.

Todo comenzó la semana pasada mientras Lesmes —que así se llama— veía la televisión. En un informativo emitían las imágenes grabadas azarosamente por el cazaladrones de un banco; los inocentes peatones (¿o eran culpables?) cruzaban ignorantes bajo las acacias de la acera, delante de las cristaleras del establecimiento; dos de ellos (según señaló el locutor) eran eta-

rras; un poco más allá, en el espacio-*off*, iba a tener lugar el crimen... Casi inmediatamente, un tranquilo peatón se detenía, de pronto, delante de la videocámara de seguridad del banco y volvía la cabeza, asustado: fuera del alcance del ojo de la cámara (precisó el locutor) los etarras acababan de disparar y un hombre caía asesinado. El peatón echaba a correr y salía de cuadro...

¿El peatón era Lesmes? No es posible asegurarlo; sobre la pantalla del televisor sólo se vio una sombra anónima, de difícil identificación. Sin embargo, para Lesmes no cupo duda alguna: el peatón era él mismo...

Tal vez identificó el establecimiento, quizá pasara por delante del *cazaladrones* aquel mismo día.

¿Ocultaba algo? ¿Estaba engañando a su esposa? ¿Iba a comprar el licor prohibido? No se sabe...

Un sentimiento de culpa atenazó, en cualquier caso, al miserable Lesmes tras contemplar aquellas imágenes en el televisor. Al salir al día siguiente a comprar el periódico se levantó las solapas del abrigo y cruzó a la carrera, aterrizado, por delante de todas las cristaleras. Veía por todos lados la amenaza... Las calles eran trampas mortales... Cámaras vigilantes apuntaban hacia él desde todos los escaparates... La ciudad entera era un siniestro panóptico de ojos acusadores, un laboratorio de vigilancia organizado por el Doctor Mabuse.

El miedo encogió al infeliz Lesmes. No volvió a pasear bajo las acacias. Su culpa es tan pesada que, como su tío Arturo, se ha encerrado en su habitación y ha cubierto con miga de pan el ojo de la cerradura. Por lo tanto, aunque no lo sea, es culpable, culpable de esconderse.

El psicoanalista ha dicho que no está enfermo, sólo es un exagerado. Pero la exageración, en tiempos de miseria, es el único modo de acentuar la verdad. El pobre Lesmes —lo que hace el miedo— se ha convertido en una advertencia viviente, en un bonzo: ojo al parche.